

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradass de San Felipe el Real

Nº 848 Martes 9 de Enero de 2024

Se comenta en los mentideros madrileños...

- 📌 **A buenas horas mangas verdes**, Manuel Parra Celaya
- 📌 **Malas compañías**, Juan Van-Halen
- 📌 **La esclavitud no es negocio**, Jesús Cacho
- 📌 **Feliz 2024, pero maldito 2030**, Gonzalo Figar
- 📌 **Victimismo asimétrico**, Guadalupe Sánchez

A buenas horas mangas verdes

Manuel Parra Celaya

Me entero por los medios que el PP, quizás como carta a los Magos para contentar a muchos españoles desilusionados, propone la ilegalización de aquellos partidos que expresan su intención de acudir a referéndums de autodeterminación, o, dicho de forma más clara, los que quieren socavar la unidad de España y constituirse en taifas independientes.

Cabe recordar que *Vox* ya se había adelantado, hace bastante tiempo, con una propuesta parecida, si bien ahora, desde las filas *peperas* se acude a la filigrana de distinguir



ya que, a diferencia del partido del Sr. Abascal, ellos no se proponen *sancionar ideas, sino actitudes*; como de costumbre, se les puede aplicar aquello del papel de fumar o de los guantes de bo-xeo...

Inmediatamente, desde las filas del *sanchismo* y allegados, se han apresurado a descalifi-

car la propuesta, tildándola, cómo no, de *propia de regímenes autoritarios o totalitarios*, y una señora o señorita –de cuyo nombre no me acuerdo ni me interesa lo más mínimo recordar– afirma sin sonrojo que eso *atenta contra la propia Constitución*.

Sigo leyendo que la fórmula jurídica que proponen los de Feijoo es la de «*deslealtad constitucional*», lo que, a mi humilde modo de ver, sirve lo mismo para un roto que

para un descosido, pues se podría aplicar igualmente a quienes contradicen abiertamente sus *promesas* (ya no juramentos, claro) de defender la Carta Magna desde sus puestos de responsabilidad; de llegar a buen término la propuesta del PP –una utopía, tan como están las cosas–, daría pie a largos, farragosos y estériles estudios y debates de naturaleza jurídica, mientras van trabajando sin descanso ni trabas los que se proponen la disolución de España como nación.

Recordamos que se trata de esa España cuya integridad territorial viene expresada en la propia Constitución como *indisoluble*, para precisar que se trata de la *patria común e indivisible de todos los españoles* (artículo 2); más adelante (art. 6) se afirma que los partidos políticos son libres «*en su creación y ejercicio de su actividad, dentro del respeto a la Constitución y a la ley*». Más claro, agua.

Además, que como uno no es jurista, entiende sobre todo que España, como ente histórico es previo a la Constitución del 78, la que, precisamente «*se fundamenta*» en esa *indisoluble unidad*, por lo que el texto que fue redactado y *consensuado* por aquellos *padres de la patria* en la Transición recogía esa validez y prioridad del *ser de España* al ropaje legal con que vistieron a nuestra Patria en un momento dado –y delicado– de su historia.

Repito que la tibia propuesta del PP no tiene muchas garantías de prosperar, pues son precisamente los partidos separatistas quienes sostienen al actual gobierno y a su presidente, experto, por cierto, en hacer mangas y capirotos con respecto a las instituciones y a las normas vigentes. Y eso que, en nuestro entorno europeo, lo de *deslealtad constitucional* queda ampliamente superado con los términos más rotundos de *traición* y de *alta traición*, y no creo que Austria, Alemania, Francia, Bélgica o Italia contemplaran intentos de romper su unidad con otros rotundos apelativos.



Vamos a suponer que surgiera un partido en cuyos propósitos (previos a las *actitudes*, claro) se planteara algún tipo de discriminación «*por razón de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social*» (como reza el artículo 14); evidentemente, ese partido no sería nunca legalizado y, en el caso de que un lapsus burocrático hubiese permitido su existencia, los tribunales serían unánimes en su condena e ilegalización; mi pregunta de ciudadano de a pie es si existe una gradación de importancia dentro del articulado constitucional y, si es imposible e ilegal la existencia de un colectivo que se oponga al mencionado artículo 14, por qué demonios no lo es pretender eliminar de un plumazo, con referéndums o sin ellos, con todas las argucias sanchistas habidas o por haber, el artículo 2º.

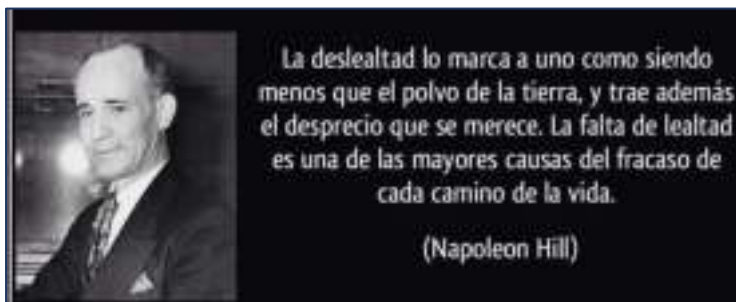
No va, pues, desencaminada la propuesta del PP, como lo fue la de *Vox* en otro momento, pero llega tarde, muy tarde, pues el virus del nacionalismo separatista –más peligroso colectiva e históricamente que el de la gripe o el de la Covid– ya se ha adueñado, con todas las complicidades habidas y por haber, de numerosos votantes de Cataluña, el País Vasco o Galicia, y, como tal virus, amenaza con extenderse a otros territorios o Comunidades Autónomas donde nunca se habían planteado tales desatinos.

España es hoy un hervidero de opciones personales, donde *coexisten* (*coexistir* no es lo mismo que *convivir*) españoles «*que lo son con resignación. Algunos quisieran ser otra cosa antes que españoles. Otros solo son españoles en la intimidad. La mayoría lo es, pero no ejerce. O ejerce solamente de manera depresiva*» (Gregorio Luri). Claro que también existen españoles que se sienten como tales y orgullosos de serlo, conocedores de su historia (no aprendida en las aulas actuales), esperanzados en el presente (a pesar de todo) y abiertos a un futuro mejor.

Además, entre ellos, algunos –como el que suscribe estas líneas– consideran a

España como *apriorismo esencial*, que está por encima y es previo a las coyunturas de cada momento, a las Constituciones que revisten normativamente la convivencia, a los gobiernos, a las instituciones y a los regímenes.

Continuando con esta declaración personal, e intransferible, opino, en consecuencia, que la propuesta del PP de ilegalizar *actitudes* y de tildar de *deslealtad constitucional* lo que es pura *alta traición* a la Patria se queda muy corta, como suele ocurrir en todos sus planteamiento (como aquel 155 de la *señorita Pepis*), a riesgo de que me vituperen con todos los adjetivos peyorativos los sedicentes palmeros del sanchismo o sus aliados, esos que precisamente son los que pugnan para dividir España.



Malas compañías

Si añadimos la gratitud de los filioetarras de Bildu tras la entrega de Pamplona, Sánchez se ha convertido en un coleccionista de malas compañías y de gratitudes perwersas

Juan Van-Halen (*El Debate*)

En mayo del año pasado Pedro Sánchez consiguió, al fin, una foto con Biden más allá de la penosa del pasillo tras la que el presidente norteamericano preguntó quién era el pelmazo. Parece que aquello le costó el cargo a Iván Redondo. Tras más de dos años de intentos llegó un día de campanillas para Sánchez: fue recibido en el despacho oval. Biden después de la entrevista habló un minuto, sin preguntas, y alabó el liderazgo de Sánchez, sobre todo por su «*tremendo trabajo*» con la inmigración. Ya sabemos lo que nos costó a los españoles aquella foto. El precio fue aumentar la presencia de destructores norteamericanos en Rota y echar una mano a Biden en la inmigración.



Han llegado ya los primeros cientos de inmigrantes iberoamericanos a España gracias al acuerdo que Sánchez firmó con Biden en aquella entrevista de mayo pasado. La llegada coincide con una grave crisis en Canarias, con

aumentos del 80 por ciento en la inmigración irregular; muchos de estos inmigrantes son trasladados a la península sin acuerdo previo con las autonomías receptoras, creándose situaciones delicadas; pienso, por ejemplo, en los inmigrantes ubicados en Alcalá de Henares. Este traslado de personas huidas de dictaduras como Cuba, Venezuela o Nicaragua supone un desahogo para la presión en las fronteras norteamericanas pero no resuelve los problemas de España, con Canarias al borde del colapso. Sánchez ayuda a Biden pero ni contesta a Fernando Clavijo, presidente de Canarias.

Ya sabemos que Sánchez es el campeón de los cambios de opinión y no podía conformarse con quedar bien con Biden. Había que enmendarlo. Y se negó a la incorporación de España a la coalición internacional para salvaguardar el transporte comercial en el mar Rojo fustigado por los hutíes, rebeldes religiosos yemeníes que controlan el norte del país, armados y protegidos por Irán. ¿Cómo va a molestar Sánchez al Irán de los ayatolás que tanto ayudó y todavía ayuda a su socio preferente? Washington ya ha hundido tres barcas hutíes que atacaban a un portacontenedores danés. Diez países aliados de Estados Unidos, seis de ellos europeos, han advertido a los hutíes que sus ataques a buques cargueros tendrán consecuencias. Se trata de defender una importante ruta comercial y sobre todo petrolera.



Washington ya ha hundido tres barcas hutíes que atacaban a un portacontenedores danés. Diez países aliados de Estados Unidos, seis de ellos europeos, han advertido a los hutíes que sus ataques a buques cargueros tendrán consecuencias. Se trata de defender una importante ruta comercial y sobre todo petrolera.

En medio del enfrentamiento en Oriente Medio, en el que Sánchez ya se hizo notar al recibir la gratitud

de Hamás, grupo terrorista, ahora el mando Hutí le ha agradecido negarse a formar parte de la coalición naval internacional. Si añadimos la gratitud de los filoetarras de Bildu tras la entrega de Pamplona, Sánchez se ha convertido en un coleccionista de malas compañías y de gratitudes perversas.

A nuestro presidente le inquietan otras cuestiones de más calado, como una piñata al parecer con su efigie, que los suyos habrán identificado por la larga nariz de Pinocho porque la figura apaleada no se parecía a ningún personaje conocido. Ha intervenido la policía porque se denunciaba un delito de incitación al odio, aunque cuando eso mismo ocurrió con figuras de Feijóo, Rajoy, Díaz Ayuso y el Rey se adujo libertad de expresión y todos tan contentos. En esta España desnortada se puede quemar una bandera nacional o una fotografía del Rey sin riesgo alguno pero que a nadie se le ocurra inquietar a la izquierda con cualquier memez porque saltará. Son partidarios del «jarabe democrático» –¿recuerdan?– pero no si les afecta a ellos. La perfecta ley del embudo.

Y el pobre Patxi López exigiendo al PP que rompa con Vox por lo de la piñata mientras asiste sin decir ni pío a homenajes a etarras, promovidos por su socio Bildu, en el País Vasco que él gobernó gracias al PP y su buenismo. Ahora el PSC, cuya alcaldía barcelonesa debe a los votos del PP, se plantea pactar el Ayuntamiento con Junts. Menudo papelón como previsor del primer partido de España. Una simpleza como lo ha sido, a mi juicio, el voto a favor de la reprobación de Ortega Smith en el Ayuntamiento de Madrid. Había otras respuestas posibles. A Feijóo le hizo algo similar Beiras en el Parlamento de Galicia, con puñetazos al escaño incluidos. El asunto quedó ahí.

La derecha tiende a equivocarse de adversario y a agradar a quienes no la respetan ni siquiera tras llegar a pactos. Así gana la izquierda. El buenismo es suicida y a menudo, además, ridículo.

La esclavitud no es negocio

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

«Estos son los primeros pasos para pasar página y dejar atrás de una vez y para siempre el modelo económico de la casta que hunde a los argentinos en la miseria desde hace más de 100 años». Es el inicio del mensaje que el presidente Javier Milei dirigió a la nación con motivo del fin de año. «El cambio de raíz respecto a este modelo empobrecedor es un compromiso innegociable que asumí con todos los argentinos. Sin embargo, el problema heredado es demasiado profundo. Hablamos de una economía con 15 puntos de déficit consolidado, con una emisión monetaria de 20 puntos del PIB en los últimos cuatro años, con precios pisados artificialmente en energía y transporte por hasta 1/5 de su valor real, con un banco central sin reservas y con una inflación que en las últimas semanas alcanzó el 1,2% diario que anualizado implicaría alrededor del 7.500% anual. Una herencia que condena a la mitad de los argentinos a la pobreza y en particular golpeando a siete de cada diez de nuestros chicos. Se trata de una situación inicial peor que la del año 2001/2002, que fue la peor crisis de nuestra historia. Estamos, por tanto, frente a una situación de emergencia nacional que requiere que actuemos de forma inmediata y contundente con la mayor cantidad de instrumentos posibles. Quiero ser claro en esto: a menos que hagamos lo necesario, nos dirigimos a una catástrofe económica de una magnitud desconocida para cualquier argentino vivo».

Un discurso que exuda dramatismo y verdad, impregnado de esas verdades que en el límite de la tragedia ya no se pueden ocultar. Plenamente consciente de las dificultades del momento, Milei trata a sus compatriotas como a adultos a los que no se



puede ni se debe engañar, algo que, reflejado en el espejo de un país arrasado por las mentiras de nuestro Fraudillo, en la mediocridad de la España hortera y zafia de las Pedroches, es capaz de producir en cualquier demócrata algo parecido a una descarga eléctrica, un torrente de luz, el resplandor de lo limpio, lo valiente, lo corajudo, lo cierto. «En

nuestro Gobierno los políticos van a tener que vivir la misma vida que vive el ciudadano común, van a tener que internalizar el resultado y si se mandan macanas, no solo van a sufrir los argentinos de bien, van a sufrir más los políticos. Van a tener que vivir como viven los argentinos de bien. Se les acabó los privilegios. Se les acabó la joda». Es Javier Milei, un actor en un país de grandes actores, un exagerado sobre la escena de una Argentina siempre exagerada, desgarrada por tanto malvado vendedor de ilusiones, un personaje que ha rodeado su aparición de la llamativa puesta en escena que acompañó al propio Juan Domingo Perón, o a Carlos Menem, un tipo a veces al borde de lo friki, un inesperado «outsider», pero un personaje cargado con

un discurso que auna frescura y solidez con brío, y cuya garra ha sido capaz de embarcar en la aventura de la regeneración a millones de argentinos convencidos de la necesidad de empezar a construir sobre los cimientos de una fortaleza devenida en ruinas por culpa de la rapiña de unos moradores privilegiados, la casta, ese peronismo corrompido hasta la raíz que ahora se niega a rendirse porque pretende seguir exprimiendo la teta amamantadora.

De Milei se han dicho muchas cosas y casi todas malas, con mucha carga peyorativa, algo hasta cierto punto lógico en esta España sometida al bombardeo mediático del Equipo de Opinión Sincronizada, el aparato de agitprop del sanchismo. Anarcoliberal en lo ideológico, estamos ante un liberal clásico en lo económico que sabe que hay que contar con el Estado para determinadas actuaciones, un Estado, sin embargo, al que hay que atar en corto reduciendo drásticamente su tamaño y negándole el derecho a dirigir la vida de los ciudadanos. En realidad, Milei enlaza con la mejor tradición liberal argentina, la que representa Juan Bautista Alberdi, el jurista, economista y político hijo de vascos, considerado como uno de los librepensadores más influyentes del siglo XIX, que fue el autor intelectual, entre otras cosas, de aquella Constitución, la de 1853, que hizo de la Argentina uno de los más ricos del mundo. En el corto plazo, Milei es discípulo de Alberto Benegas Linz, un brillante economista de la escuela austriaca, miembro de la Mont Pelerin y académico del Cato Institute, uno de los think tanks liberales más importantes del mundo.

Estamos pues, ante un tipo de gran nivel intelectual, nada conservador en lo social, que, por encima del aparente estrambote que destilan algunos de sus tics, tiene muy clara su primera tarea: derrotar a la izquierda allí donde siempre se ha creído fuerte: en el terreno de las ideas. Hacer perder a la izquierda la batalla cultural, liberando las amarras que hoy atan a millones de ciudadanos en todo el mundo, prisioneros de las viejas ideologías colectivistas hoy travestidas de lo woke, el género, el clima y demás mandangas progres. Derrotar a los zurdos y proporcionar una alternativa a un gran país arrasado por décadas de peronismo. Argentina es hoy un enfermo terminal que, en la mesa de operaciones, está reclamando una terapia de choque que le devuelva a la vida mediante un programa de liberalización radical y un ajuste del gasto de caballo. Una terapia que generará costes muy altos en el corto plazo, que causará mucho dolor entre los más débiles, pero que sembrará la semilla de la esperanza en un futuro mejor, de tal forma que si Milei no sigue el camino que tomó Mauricio Macri, si no se acollona como se acollonó Macri, empezará a dar los primeros frutos, a mostrar los primeros síntomas de un crecimiento sano, con la inflación bajo control, en el segundo año de Gobierno.



¿Tiene agallas Milei para aguantar el tirón? Quienes le conocen aseguran que le sobran. La oposición va a ser, está siendo ya, brutal. Este miércoles, la Cámara de Trabajo ordenó la suspensión de la parte del Decreto de Necesidad y Urgencia (DNU) introducido por el nuevo Ejecutivo que afecta a la reforma laboral, tras el recurso de amparo presentado por la peronista Central General de Trabajadores (CGT). Por dos votos contra uno, los tres magistrados del tribunal consideran que no existen «razones de urgencia para eludir la debida intervención del Poder Legislativo en lo que hace a la legislación de fondo». Milei y su Gobierno son muy conscientes de que al

«megadecreto», así como a la posterior «ley ómnibus» –más de 600 artículos sobre temas que no fueron incluidos en el DNU–, les esperan un calvario en su paso por las Cámaras. La casta ha despertado y se apresta a defender sus posiciones con uñas y dientes. «¿Por qué recrudece el ataque?», se preguntaba el propio Milei en el más famoso de sus discursos. «Porque creían que esto no iba a pasar –se respondía– y se encontraron con una parte importante de la población gritando libertad, gritan libertad, descubrieron que no quieren ser corderos, descubrieron que se sienten mejor siendo leones... Yo no vine aquí a guiar corderos, sino a despertar leones, y están despertando y se van a comer crudos a los políticos chorros, a los empresarios pre-ventarios, a los sindicalistas que traicionan a la gente, se van a comer crudos a los medios de comunicación que sirvieron a todos estos chorros para mantener este curro, y se van a llevar por delante a toda esa basura que aboga por la religión del Estado porque cobran de ahí...».

Todos los privilegios de la casta en peligro. Los sindicatos, con mucha menos fuerza de la que alardean; las diversas corrientes del peronismo, todas igualmente corruptas; los grupos de poder empresarial crecidos a la sombra del Estado; la multitud de



gente que cobra sin hacer acto de presencia en el puesto de trabajo; las infinitas asociaciones y ONGs financiadas por el peronismo... todo ese mundo se le ha puesto en contra, dispuesto a defender sus privilegios como gato panza arriba. Milei lo tiene muy difícil, cierto, pero tiene algo que se antoja importante, algo que quizá resulte definitivo: el convencimiento de una parte importante de la

sociedad argentina de que el peronismo ya no da más de sí, la certeza de que el país ha tocado fondo, que ya no es posible seguir cavando en el mismo hoyo y que es hora de sacar la cabeza y respirar. Argentina, como España, necesita asomarse a la ventana de la libertad, de la libre iniciativa, de la desregulación, del trabajo recompensado y del esfuerzo. ¿Podrá Milei financiar su travesía del desierto? El FMI ha avalado su programa, de modo que no parece que vaya a tener problemas a la hora de refinanciar la deuda.

Su ministro de Economía, Luis Caputo –ex JP Morgan, ex Deutsche Bank– es un reconocido financiero, y las acciones de las empresas argentinas que cotizan en USA han experimentado revalorizaciones fulgurantes, un indicador de las expectativas que los mercados han puesto en la «revolución Milei». Para los demócratas españoles, Milei es la gran noticia que el aciago 2023 nos trajo bajo el brazo. La gran esperanza teñida de albiceleste. Por primera vez en muchos años, de forma inesperada, el de-pauperado horizonte de un mundo sumido en guerras y conflictos, azotado por la mediocridad más lacerante, lastrado por la falta de liderazgos, atacado por las termitas nuevas del viejo comunismo totalitario, se topa con un rayo de esperanza, una auténtica revolución cuyo éxito podría marcar un punto de inflexión en el camino trazado que esa izquierda gris empeñada en el decrecimiento y la pobreza para todos menos para ellos, las elites pijoprogres. Una izquierda con vocación de partido único, aliada en España con lo más reaccionario y dispuesta a acabar con cualquier atisbo de oposición, incluso con las libertades si preciso fuere para dar gusto al amo de la frutería. «La Argentina está despertando, hay luz, sí, hay luz porque la gente está despertando, porque descubrió que la esclavitud no es negocio y hay una vida mejor que es la vida en libertad». No es aventurado pensar que si Milei tiene éxito

en el desafío que enfrenta, el futuro será distinto, tendrá mejor aspecto, y el appestoso colectivismo que nos inunda, en Argentina, en España y en tantos otros países, se irá definitivamente por la alcantarilla donde se desaguan los peores instintos de la especie humana. La esclavitud, en efecto, no es negocio. ¡Viva la libertad, carajo!

Feliz 2024 pero maldito 2030

«Es el momento de luchar por un mundo donde la libertad, la responsabilidad individual y el respeto por la diversidad humana prevalezcan»

Gonzalo Figar (*elSubjetivo*)

Acaba de empezar 2024 y todos andamos planeando lo que esperamos que sea una temporada de alegría y bienestar. Sin embargo, me encontré el otro día pensando más allá de 2024 e imaginando el mundo que tendremos dentro de unos pocos años.

Y la imaginación me llevó a un lugar aterrador pero, por desgracia, muy real, muy posible. Las grandes narrativas sociales y políticas que están en alza en Occidente tienen más rasgos destructivos que constructivos. Reagan dijo aquello de que «la libertad nunca está a más de una generación de su extinción» y vi claro que, sin ser inevitable, sí hay una posibilidad de que seamos esa última generación.

Este es el mundo que me imaginé, que se nos puede venir encima: un mundo en el que aquellos que ven el cambio climático como un apocalipsis inminente han triunfado y han impuesto una agenda verde a marchas forzadas. Todo nuestro sistema económico será puesto patas arriba, supeditado a la agenda apocalíptica. Demonizaremos los combustibles fósiles, base de nuestro sistema, y rechazaremos soluciones pragmáticas como la energía nuclear, mientras apostaremos todo a tecnologías aún no maduras.



Llegará una fuerte desaceleración económica y a un aumento significativo en el coste de vida. Los más vulnerables pagarán la cuenta de una utopía ecológica mal concebida, que ni siquiera salvará un planeta que no está en riesgo. Los precios de las necesidades básicas como la calefacción o el transporte aumentarán y el nivel de vida general

empeorará. Los pobres sufrirán, mientras los Gates y Soros que impulsan el apocalipsis seguirán viajando a Davos en jet privado.

Imaginé un mundo donde el totalitarismo climático generará un hueco de entrada a la ideología animalista. Se alegrará que el consumo de carne es inmoral, llegando hasta su racionamiento o prohibición. La caza y otras prácticas tradicionales, arraigadas en la cultura y en la gestión sostenible del medio ambiente, serán igualmente limitadas. Se promocionará el consumo de alimentos sintéticos, cuando no directamente de insectos y hierbas.

Antepondremos unos supuestos derechos animales sobre las necesidades y libertades de las personas. Nuestra capacidad de elección se verá limitada y se nos arrebatará un recurso nutricional fundamental para una sana alimentación, y consumido desde el principio de la historia. Se desestabilizarán ecosistemas, ignorando siglos

de conocimiento y afectando principalmente a comunidades rurales ya de por sí vulnerables.

Imaginé un mundo donde la ideología de género alcanza su apogeo. Desde el nacimiento, los niños ya no serán reconocidos como chicos o chicas, sino «chiques». La autodeterminación de género se convertirá en norma y se animará a los niños a elegir su género desde la infancia, según les plazca. Se normalizarán los tratamientos hormonales y las operaciones de cambio de sexo para «transicionar» a adolescentes hacia su identidad auto-percibida.

Desafiaremos todas las realidades biológicas. Permitiremos que niños mutilen sus cuerpos de por vida, se droguen, se cambien la personalidad y la identidad. Generaciones enteras se verán sumergidas en un mar de confusión y desorden de identidad. El aumento de los trastornos de salud mental, incluyendo la depresión y el suicidio, será una consecuencia directa de esta destructiva ideología de género.

Imaginé un mundo donde este anti-humanismo que subyace a las tendencias anteriores también se manifestará en el auge de prácticas como el aborto y la eutanasia. El aborto se irá liberando de restricciones casuísticas o temporales y se normalizará. La eutanasia se considerará primero como un derecho de elección individual, pero

luego se promoverá como una solución a problemas sociales o económicos.



Normalizaremos la cultura de la muerte y, encima, nos creeremos compasivos. Miles de vidas humanas serán destruidas antes de tener la oportunidad de comenzar. La dignidad de los ancianos y enfermos perderá todo su valor al lado de la conveniencia y el coste. Seremos una sociedad sin alma.

Imaginé un mundo dominado por la obsesión con la equidad, es decir, la igualdad de resultado. Se impondrán

cuotas en todas las esferas de la sociedad, desde la empresa hasta la administración. Invertiremos los valores que ordenan nuestra civilización, que ya no serán el mérito, el talento, el carácter o la capacidad de trabajo, sino el sexo, la raza, la orientación sexual u otras identidades culturales colectivas.

Seremos una sociedad menos competitiva, menos innovadora, menos capacitada para resolver problemas. La excelencia y el mérito perderán sentido, ya que no serán las causas que llevan a las personas a progresar. La mediocridad y la conformidad se convertirán en características reconocibles en nuestra sociedad.

Imaginé un mundo donde los gobiernos y bancos centrales implantarán el euro o el dólar digitales (las Central Bank Digital Currencies, en inglés). Se alegrará la eficiencia de la moneda digital y su valor para luchar contra el blanqueo y la evasión. Desaparecerá el efectivo y todas nuestras transacciones serán automáticamente documentadas en los sistemas digitales de los bancos centrales. Se implantará un sistema de crédito social al estilo chino para asegurar que nuestro consumo se ajusta a las políticas del momento.

Estaremos permanentemente vigilados. Los gobiernos tendrán la capacidad de imponer políticas y sanciones de manera casi instantánea, limitando nuestra libertad

para gastar nuestro propio dinero como nos plazca. Con un simple clic, podrán congelar activos, imponer sanciones financieras y controlar el comportamiento de los ciudadanos, creando un estado de vigilancia omnipresente.

Imaginé un mundo donde la información será controlada. Habrá un discurso oficial, que defienda todas las narrativas anteriores y presente cualquier crítica como «desinformación». El discurso oficial será promovido por los medios tradicionales, legitimado por las empresas de verificación e impuesto en las redes sociales por las empresas tecnológicas. A todo el que se aleje de la versión oficial se le cancelará, silenciará, bloqueará, expulsará o se le impedirá la monetización de su contenido, acusándole de desinformación.

Viviremos en una sociedad menos libre, donde expresar tu opinión será en sí un acto de valor. Cuestionar la narrativa oficial te convertirá en disidente. La capacidad de cuestionar y desafiar el poder se verá seriamente limitada, erosionando los fundamentos mínimos de una democracia operativa. Estaremos en el orwelliano mundo de 1984.

Muchos estarán leyendo y me tildarán de pesimista o alarmista, pero la realidad es que todos y cada uno de estos movimientos YA están en marcha. Quizás reconozcan varios, y si no lo hacen con todos es porque siempre vienen disfrazados, escondidos bajo máscaras amables: el apocalipsis climático disfrazado de ciencia; el animalismo



disfrazado de humanidad; la ideología de género disfrazada de libertad; la cultura de la muerte disfrazada de compasión; el igualitarismo disfrazado de igualdad; el control gubernamental disfrazado de eficiencia; la censura disfrazada de desinformación.

Pesimista puedo ser, pero determinista nunca. Este mundo que se puede avecinar, que

es una amenaza directa a la libertad y la dignidad humana, no es un destino inevitable. No estamos condenados a acabar en él. Podemos y debemos evitarlo a toda costa.

Pero el futuro se conquista ahora, cuando todo aún resulta un lejano temor. La espera no es una opción, pues lo que tememos será ya realidad consolidada. Ahora es el momento de luchar por un mundo donde la libertad, la responsabilidad individual y el respeto por la diversidad humana prevalezcan.

Para ello, necesitamos tres cosas: primero, líderes públicos y privados valientes, dispuestos a desafiar lo políticamente correcto, resistir las presiones del momento y defender los principios y valores que han construido nuestra civilización, a pesar de las críticas o las controversias.

Segundo, necesitamos generadores de opinión, intelectuales y periodistas honestos y transparentes, que cuenten la verdad, que más allá de ideologías no escondan los peligros que se pueden venir, y que hagan el trabajo intelectual de desarmar las falacias de esas narrativas destructivas.

Y, por último, necesitamos a más ciudadanos informados, que tengan un mínimo conocimiento de las tendencias sociales y políticas que están en auge y sepan reconocer su riesgo; y que sean más activos y comprometidos en alzar su voz contra ese mundo que viene que no les traerá ni mayor libertad, ni mayor prosperidad, ni mayor felicidad.

Victimismo asimétrico

«El empeño de mostrar a Sánchez como víctima de un delito de odio revela una pulsión totalitaria de limitar la libertad de expresión en la crítica gubernamental»

Guadalupe Sánchez (*elSubjetivo*)

Licenciada en Derecho, abogada en ejercicio y gerente del bufete NOVALEX SPAIN.

Victimizarse cotiza al alza en España, en especial dentro del espectro político progresista. Proclamarse ofendido o damnificado por acción u omisión procura no sólo un aura de respetabilidad, sino también réditos políticos e incluso económicos. Por no hablar de lo útil que resulta como cortina de humo y herramienta para adoctrinar a las masas.

Miren si no el esperpento en el que ha degenerado el feminismo posmoderno, que lejos de reivindicar la figura de la mujer libre e independiente que se vale por sí misma y aspira a la igualdad de derechos y obligaciones entre hombres y mujeres, se ha convertido en un movimiento tutelar que nos reputa víctimas de nacimiento por razón de sexo y nos anima a confiar nuestro bienestar al Estado en detrimento del patriarcado. Existe una demanda institucional de mujeres que acepten victimizarse ante el foco mediático para predicar en prime time los eslóganes igualitaristas e identitarios del agrado del progresismo. Las que consienten en interpretar este rol son debidamente recompensadas.



Que le pregunten a Jenni Hermoso. El haber cambiado súbitamente de opi-

nión sobre la presunta agresión de Rubiales en la celebración del mundial no sólo le ha supuesto un incremento en su patrimonio (la cantidad rondaría los 30.000 euros) por aparecer unos minutos en RTVE durante las campanadas para reivindicar el empoderamiento y la igualdad –que, por cierto, le hemos pagado todos con nuestros impuestos–, sino que además la ha elevado a los altares del fútbol femenino como la jugadora del año. Que fuera Hermoso la escogida en detrimento de sus compañeras Olga Carmona –que marcó el gol de la victoria en la final– o Aitana Bonmatí –distinguida por la UEFA como la mejor jugadora– da buena muestra de cómo el victimismo es un movimiento hegemónico en sí mismo dentro del feminismo: no importan tus méritos ni tus logros, sino el sufrimiento que hayas referido como víctima.

Pero la victimización no sólo está pervirtiendo y desvirtualizando las reivindicaciones feministas, antirracistas o por la libertad sexual: también ha echado raíces en la política, concretamente en la coalición gubernamental, con la pretensión de desviar la atención e intimidar a la disidencia. Me estoy refiriendo, cómo no, a las protestas de fin de año en Ferraz y los golpes a la piñata que representaba a Pedro Sánchez. El propósito de esta victimización sincronizada socialista es patéticamente obsceno: monopolizar el objeto del debate en el espacio público relegando a un segundo

plano la amnistía, las comisiones de investigación del lawfare o el haber entregado a Bildu la alcaldía de Pamplona.

Pero el empeño de mostrar al socialismo en general, y al presidente del Gobierno en particular, como víctimas de un delito de odio orquestado por la extrema derecha y tolerado por la oposición también revela la pulsión totalitaria de limitar de forma intolerable la libertad de expresión en todo lo que atañe a la crítica gubernamental. Se trataría de una limitación asimétrica pues, al igual que sucede con la violencia de género, el castigo no será proporcional a la gravedad del acto, sino a la ideología de su autor. Que no importe el qué, sino el quién.

Efectivamente, ni Ayuso, ni Abascal ni Feijóo podrán autoperibirse víctimas de un delito de odio a pesar de que sus imágenes sirvieron recientemente para inspirar muñecos que fueron apaleados sobre un escenario o quemados en la calle. Tampoco podrán hacerlo las víctimas del terrorismo cuando los socios de gobernabilidad de Sánchez glorifiquen a los asesinos, secuestradores y extorsionadores etarras o cuando nuestra élite política y mediática progresista justifique las ejecuciones de Hamas. Ni mucho menos el Rey cuando se difame gravemente a la Corona. Porque el victimismo asimétrico consiste precisamente en despenalizar el enaltecimiento del terrorismo o las injurias y calumnias al Rey, mientras se tipifica «el odio» contra Sánchez y el PSOE, que pasarán a engrosar la lista de colectivos vulnerables. Un auténtico despliegue de coherencia y de proporcionalidad, no me lo pueden negar.



El partido de Otegi impulsó 136 homenajes a etarras mientras pactaba con Sánchez.

En total, las víctimas del terrorismo contabilizaron el año pasado 458 actos públicos de apoyo a ETA

